

VICENTE QUIRARTE

**El mar que nos vendieron
en la infancia
(Poemas)**

VOZ VIVA
DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

VOZ DEL AUTOR



9 786570 712984




~~~~~  
VICENTE QUIRARTE

~~~~~  
El mar que nos vendieron en la infancia
(Poemas)

VOZ VIVA
DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Dr. José Narro Robles

Rector

Dra. María Teresa Uriarte C.

Coordinadora de Difusión Cultural

Dra. Rosa Beltrán

Directora de Literatura

Carolina Domínguez

Voz Viva



VV-127

Primera edición, septiembre de 2015

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,

México, Distrito Federal.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN 978-607-02-7129-8

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."

Impreso y hecho en México.

VICENTE QUIRARTE



**El mar que nos vendieron en la infancia
(Poemas)**

Presentación

Alejandro González Acosta



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Fotografía: Mónica del Villar.

VICENTE QUIRARTE. Nació en 1954. Es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Ha publicado libros de poesía, narrativa, teatro, crítica literaria y ensayo histórico. En 2014 apareció una antología de textos suyos sobre la Ciudad de México, bajo el título *Fundada en el tiempo*, publicada por la Dirección de Literatura de la UNAM. Ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia y el Premio Universidad Nacional.



ALEJANDRO GONZÁLEZ ACOSTA. Escritor cubano-mexicano. Estudioso de la historia y la cultura novohispana y mexicana del siglo XIX. Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (Biblioteca y Hemeroteca Nacionales) y Profesor en la División de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, en la UNAM.



CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Alejandro González Acosta 13

DEL LIBRO *TEATRO SOBRE EL VIENTO ARMADO*

ELOGIO DE LA CALLE 21

DEL LIBRO *CALLE NUESTRA*

CALLE NUESTRA 23

DEL LIBRO *LUZ DE MAYO*

LUZ DE MAYO 24

DEL LIBRO *EL PEATÓN ES ASUNTO DE LA LLUVIA*

JABONCITO DE HOTEL 27

RUBÉN BONIFAZ NUÑO ESCRIBE *AS DE OROS* 29

DEL LIBRO *EL ÁNGEL ES VAMPIRO*

SIRENA EN EL TIEMPO 30

DEL LIBRO *PUERTA DEL VERANO*

PUERTA DEL VERANO 32

DEL LIBRO *EL ÁNGEL ES VAMPIRO*

PRELUDIO PARA DESNUDAR A UNA MUJER 34

DEL LIBRO *ENSERES PARA SOBREVIVIR EN LA CIUDAD*

EN EL IMPERIO DE LA JACARANDA 36

DEL LIBRO *EL PEATÓN ES ASUNTO DE LA LLUVIA*

LA MUCHACHA DE AL LADO 39

DEL LIBRO *CIUDAD DE SEDA*

HABLA EL CENTINELA

MACDESNUDA

DEL LIBRO *ZARABANDA CON PERROS AMARILLOS*

I

V

XVIII

XXVIII

DEL LIBRO *EL ÁNGEL ES VAMPIRO*

RAZONES DEL SAMURAI

I

II

III

IV

V

76 IV

40 VI

78 VII

79 IX

41 X

43 XI

45 XII

47

DEL LIBRO *AVANTO*

ARMANDO

MAX SCHREK

DEL 51

ARMANDO 53

HILARY 54

QUINTO 55

PLATON 57

LIMONER

VI	57
VII	59
VIII	59
IX	61
X	63
XI	64
XII	65
DEL LIBRO <i>ARMADOS</i>	
ARMADO	66
MAX SCHREK	67
DESNUDA	69
ABANDONADO	70
HERMANAS	71
ONETTI	72
PLEGARIA	73
LIMOSNERO	75

AQUILES	76
VIEJO	77
MÁS DESNUDA	78
PAÍS LLAMADO INFANCIA	79



Presentación

EL MAR QUE NOS VENDIERON EN LA INFANCIA, DE VICENTE QUIRARTE

ALEJANDRO GONZÁLEZ ACOSTA

La poesía es necesaria: logra transformar un oscuro drama doméstico (la mujer insatisfecha que abandona a su esposo por un amante joven y bello) en una epopeya: es la Guerra de Troya y su poema que la consagra, *La Iliada*; o el reacio regreso al hogar lejano del hombre, después de una larga juerga de violencia y excesos, en una hazaña épica: nos queda *La Odisea*. O las aventuras dignas de la crónica roja de un inescrupuloso asaltante de caminos en un poema nacional: los hechos de *Mío Cid Campeador*, don Rodrigo Díaz de Vivar.

La poesía además es útil, todo lo contrario de lo que suele entenderse: torna bello lo feo. Nos hace más vivible la vida. Y por eso se agradece, se premia, se aplaude. Un mundo sin poesía sería invivible, no ofrecería asidero, sería monstruoso. Y los poetas pagan un precio alto por serlo: la sen-

sibilidad que los caracteriza es también su cruz y calvario, su “cerrada cicatriz o abierta herida”... Todos ellos viven con un *daimon* pertinaz, sus fantasmas, sus obsesiones, sus dolores. Y de este conjunto brotan, por un proceso de irritación semejante a las madréporas, las perlas de sus poemas.

México es una tierra feraz de poetas desde sus remotos orígenes prehispánicos, y también territorio donde la melancolía, el dolor y el rito, alcanzan carta de naturaleza plena y completa. En México se ha dicho que casi se nace poeta, pero lograr ser de los buenos, de los mejores, sólo unos pocos lo consiguen: Vicente Quirarte es uno de esos escogidos... y cubre el precio de sus penas, al contado y sin facilidades de pago ni descuentos.

Hay mucho que agradecerle a Vicente Quirarte por los valores de su poesía y por el valor mismo de ser poeta: detrás de sus versos, sobre ellos, a través de ellos, se adivinan las sombras, las siluetas, los fantasmas queridos, obsesivos e implacables, de sus pares y mayores. Por ejemplo, el Rubén Bonifaz Nuño de “Instrucciones para llegar a una fiesta” en su “Preludio para desnudar una mujer”; el José Gorostiza de “Muerte sin fin” en “Zarabanda con perros amarillos”; el Paul Valery de su “Cementerio submarino”; el Arthur Rimbaud de “El barco ebrio”... Y

voces insistentes, en “épica sordina” de quererles como Alí Chumacero, Luis Cernuda, Xavier Villaurrutia...

A través del tejido, la urdimbre de estos poemas bien anudados, trenzados y peinados, se transparentan más aún sus fantasmas, filtrándose por la trama fina de sus composiciones. En sus prosas poéticas, que son variantes agrestes de sus poemas pero poesía en sí mismas, se ofrecen con pudor apenas contenido sus dolores, sus obsesiones, sus alegrías y dudas, sus hallazgos más felices, metáforas que valen un Potosí.

No nos dejemos engañar por el título: *El mar que nos vendieron en la infancia...* No hay presencia del coloso azul en estas páginas; si acaso, sólo como evocaciones, recuerdos infantiles... no es pues un poemario marítimo, sino urbano. Es sobre todo un canto de amor, a entidades femeninas, como la mujer palpable, o a la representación superior de ellas, la ciudad, esa gran hembra paridora y autodestructiva. La Ciudad de México es su universo y dentro de él se engarzan otros universos particulares, especiales o ínfimos pero siempre significativos, del Poeta que la recorre y la escribe, que la ama y la odia (exactamente como a una mujer), pero nunca la ignora. Citámbulo poético, trashumante metafórico, renovado peregrino

desde un Aztlán contemporáneo, caminante gongorino de sus propias soledades, *flâneur* incansable, *Jack The Ripper* y *Mister Hyde* de los suburbios y colonias de esta urbe inifinita que como Proteo no para de transformarse, Quirarte es el cronista de la ciudad desde la poesía, Homero y Ovidio a la vez de la otrora Tenochtitlan...

A veces he pensado que la Ciudad de México, ese país que se extiende y desborda la cuenca del altiplano –que no valle– sería la urbe perfecta de tener el mar en su horizonte... Pero me retracto de inmediato porque entonces tendríamos que prescindir de los volcanes y del Ajusco, del lago por el otro, de las estribaciones de la Sierra Madre suriana... Una poetisa cubana podía afirmar en un poema de adultez como “Últimos días de una casa”, que “le habían robado el mar de su patio”, pero más que una feliz expresión metafórica se trataba de una verdad literal, pues la urbanización modernizadora de su patriarcal barrio habanero de El Vedado había trazado con la inflexible frialdad de un teodolito, cíclope mensurador, la calzada que separaba su casa de las hasta entonces vecinas olas. Sin embargo, cuando Quirarte evoca “el mar que nos vendieron en la infancia” en realidad se trata de un juego de espejismos, una travesura de ese niño enorme

que no ha dejado, por fortuna, de ser, con una mirada permanentemente evocadora y melancólica de sus orígenes. Esa sonrisa con mucho de tristeza es el gesto de un poeta que revuelve sus recuerdos y los forma en versos, cual filas de soldaditos de plomo, como una ayuda para vivir él mismo, de lo cual nos beneficiamos los demás. “Lo bello, lo útil, lo bueno”, sentenciaron los sabios antiguos como ideal supremo del espíritu, y eso resulta suficiente para la gratitud y el asombro. Precisamente Dulce María Loynaz, esa a quien “le robaron el mar de su patio”, alguna vez me confesó en otro patio no marino pero igualmente mágico y asombroso, una lejana tarde de confidencias: “Algunos quieren empeñarse en exigir que la poesía sea útil... Por ejemplo, no hay nada más inútil que las opalinas; ellas no pueden ni rozarse con un suspiro porque se quiebran, pero ¡qué hermosas son! ¿No bastará que lo bello sea sólo bello para que resulte útil...?”

Creo que asumiré con sensatez resignada la imposibilidad de escribir estas palabras como intento de acompañar, suplir y menos aún de sustraer al lector del placer que significa desgranar con su lectura cada uno de los poemas de esta selección: nada mejor que el propio pulso del escritor y

con el acento mismo del autor, para transmitir esa complicidad que supone la poesía de ambos lados de su magia. Historias de amantes, hechos alegres o tristes que marcan la existencia, la búsqueda de ese amor que escapa en cada esquina y luego lo sorprende al rodearla, la certidumbre de lo bello, los desdenes, los golpes, las caricias, las pérdidas, las ganancias, los padres, los hermanos, los ritos humanos y amatorios, la geografía de las cosas mínimas y fugaces, los universos circundantes, los homenajes a los maestros, esa soledad irremisible e irremediable metida hasta los huesos, y al mismo tiempo esa necesidad de comunión, de suma y multiplicación, como un alarido, con el fondo de una ciudad vestida de azul desgranándose en flores fugaces, los héroes y los traidores; ese miedo de sentir siempre pendiente la espada sobre la cabeza y al mismo tiempo buscarla, ponerse bajo el filo de la cuchilla, coquetear con ella, animarla para que caiga de un golpe, aproximarse al abismo presa del vértigo; la herencia de tantas sangres turbias de dolor y con deseos de aniquilarse, de dejar de ser para ser *de otro modo lo mismo*; todo lo escrito desde este lado del espejo donde se mira y se hunde y se pierde, para avistar del otro la muerte que espera, que invita, que seduce; recorrer los palacios y salones y los

garitos y las vecindades; el centinela insomne que vela a la amada móvil; el mismo poeta y sus amores, que van desde musas *aciagas*, hasta países de seda para envolverse en ellos...

Al final, creo percibir algo del enigma del poeta, lo que ha venido proclamando a través de todos sus poemas, las dos figuras que lo cercan y lo protegen: la máscula masa del mar y la acogedora delicadeza femenina ciudadina figuran el Padre Mar y la Madre Ciudad; uno todo pasión y tormenta; otra toda luz y ternura.

Aquí los lectores podrán sentir a Quirarte en sus diversas encarnaciones: como lírico, como paisajista, como filósofo, como amante, como el gran poeta elegíaco contemporáneo que es (con ese estremecedor poema que es “Zarabanda con perros amarillos”, hombrado con las *Coplas* de Jorge Manrique y el intenso “Algo sobre la muerte del Mayor Sabines”), visitante de los bajos fondos de ciudades diversas –París, Nueva York...– pero siempre finalmente cubiertas por la omnipresencia de la Ciudad de México, su infierno y su paraíso a la vez.

Con este apretado haz de sus poemas, Vicente Quirarte se nos ofrece en su completa intensidad humana, en ocasiones desvalido, en otras retador,

siempre auténtico, poseedor de unos acentos que lo definen, confirmando la necesidad, la utilidad, la bondad de la poesía para iluminarnos y embellecernos, para rodear de luces la ciudad en sombras y para hacer oír con acentos plenos y sonoros, su canto, su voz, una de las voces más vivas de la poesía sentida, pensada y escrita en español de nuestros días.

Tlalpan, 3 de mayo de 2015

VICENTE QUIRARTE

EL MAR QUE NOS VENDIERON EN LA INFANCIA

(POEMAS)

DEL LIBRO *TEATRO SOBRE EL VIENTO ARMADO*

ELOGIO DE LA CALLE

*Mais qu'importe l' éternité de la damnation a qui a
trouvé dans une seconde l' infini de la jouissance?*

Baudelaire

Salir del cine
tras haber asesinado
en crimen perfecto a la miseria
y entre la multitud sentir
que todos los hombres son Charlot
y ver en todas las mujeres

a Catherine Deneuve.
Jugar a que los ojos son tijeras,
recortar los negros edificios
contra el cobalto del cielo;
desinflar la llantas a los Cadillac
y esperar a su dueño enfurecido;
mientras deshojar poco a poco
un libro de Walt Whitman
sobre el río oscuro de la calle,
ver sus hojas danzar
con la basura del otoño;
arrebatar a músicos ciegos sus guitarras,
hacer con todas ellas una pira
y oír el concierto de cuerdas rotas y madera.
Arrojar por fin en el hotel fortuito
nuestro ser fatigado de existencia,
y a punto de capitular músculos y párpados,
amarte aun después de la batalla

aunque mañana al despertar otra vez nos preguntemos
aquí estamos, Ciudad, para qué diablos.

DEL LIBRO *CALLE NUESTRA*

CALLE NUESTRA

Tarde o temprano,
cuando se mira la verdad desnuda,
sabemos que no basta la emoción transmitida,
aquel jirón del cielo que regresa
a contemplar su rostro en este charco.

Y hay que armarse de valor para aceptar que repetimos
lo que otros han escrito mejor:
tener la humildad para aceptarnos
felicemente mediocres,
más dueños de la calle que de los libros alcahuetes,

y sin buscar palabras a ese acto
empaparse hasta el alma,
y empaparse.

DEL LIBRO *LUZ DE MAYO*

LUZ DE MAYO

Guardados del diluvio
en dinteles de la ciudad antigua,
mi madre nos decía: “Esos truenos lejanos
anuncian que ya se va la lluvia”.

Era su caricia, su forma de decirnos
que lo peor terminaba.

Mamá se llama Luz,
desnuda de María,

Luz poderosa y blanca y siempre niña.

Cómo poner en duda sus palabras,

si en mi carne se llama Luz de mayo
y nació en el mes de la lluvia.
En las calles mojadas,
—perfume de tierra estéril, pero nuestra—,
todo era de nuevo bautizado:
el agua corregía
el dibujo de cúpulas y torres,
encharcaba jardines, penetraba
como caricia sabia, profunda, permanente.

Así nos iba hablando
sobre los temporales de su tierra,
cuando en Silao, de niñas,
sus hermanas con ella
recitaban a coro La Magnífica,
oración contra el trueno,
preludio de sus brincos sobre los charcos.

¿Te acuerdas, Luz de mayo,
de tu gesto inocente al hacer la diablura
de meterte en la cola de los cines,
serena como los condenados o los santos,
para que a todos nos bañara
ese chorro de luz, tan alimento
como el café con leche de los chinos?

He querido ser fiel a la manera
en que guiaste el rebaño.
no aprendo todavía
a ganar mansamente.
Se alzan en mi contra los amargos
aletazos del ángel ceniciento,
malguardián de tu esposo.

Hoy que los temporales
son, con los años, más violentos

(siempre se nace a todo, nadie aprende),
me gusta ver la lluvia batirse en retirada,
cuando el cielo lavado
anuncia que el demonio se apacigua.
Entonces, aunque te encuentres lejos,
entiendo tu caricia y tus palabras
para enfrentar la calle,
donde tu luz de mayo pastorea
mis tardes de lluvia,
pero también las otras.

DEL LIBRO *EL PEATÓN ES ASUNTO DE LA LLUVIA*

JABONCITO DE HOTEL

Adelgazado, ya casi transparente,
vaticina en la palma de la mano
los senderos del día.

Me iré antes que él, y su perfume
no tocará la piel del otro cuerpo
sucesor de mi espacio.

Te doy las gracias
por hacerme mirar mejor plantado
el árbol que sostiene a la mañana
o por abrir con tu mejor frescura
las faldas de la noche.

Breve como el amor, insuficiente,
te juntarán con otros
pequeños restos de lo que fuiste
y seguirás corriendo bajo el agua,
pero no serás más tú,
ni tú ya más en mí.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO ESCRIBE *AS DE OROS*

Blancura conquistada por un fuego
siempre joven, nonato, transparente:
tres veces puro amanecer del canto.
El fatal caballero de la torre,
a solas con la ciudad bajo la lluvia.
En la página inmóvil los guerreros
forjan de acero virgen sus espadas;
cruzan jinetes, yeguas prodigiosas,
y las ansias de un mar encadenado
untan de sal los labios de los héroes.
Más que el amor, el cuerpo femenino,
prodigio de sí mismo, miel suspensa,
panal en la salina del desierto.
Con la pasión del argonauta escribe,
y es el oro, la flor, las armaduras
del cuerpo ennoblecido en los regresos.

Cesa la lluvia en la mujer dormida.
El caballero guarda sus alfanjes.
Blancura conquistada por un fuego
siempre joven, nonato, transparente:
tres veces puro amanecer del canto.

DEL LIBRO *EL ÁNGEL ES VAMPIRO*

SIRENA EN EL TIEMPO

Ahora tendrás gran parte de las cosas
que entonces no tuvimos y acaso no recuerdes
las caricias que en medio de los muslos
nos ataban a la mesa del café de chinos
donde creímos guardarnos de un desastre
que entonces llamábamos la lluvia.

Cien pesos eran la opción entre el hotel de paso
y las obras completas de Xavier Villaurrutia.

Ahora puedo tal vez comprar más libros
pero algo he aprendido:
hay más vida en la cama y el naufragio
que en la angustia de páginas ajenas.

Ahora podría llevarte a alguna playa
hecha para tu desnudez y mi delirio.
Y si entonces hubiéramos dejado
esta enferma ciudad que aún nos cerca,
nunca hubieran mis manos conocido,
en sus dulces y más sórdidos rincones,
tu inicial calentura adolescente.

Ahora que tal vez no me recuerdas
me dueles entre clases, galeras, traducciones
en este café donde la lluvia
ha traído a un cardumen de sirenas
iguales a la que fuiste un día,

dispuestas a combatir hasta el orgasmo
en contra de la ciudad inconvencional.

DEL LIBRO *PUERTA DEL VERANO*

PUERTA DEL VERANO

Una mujer y un hombre pueden, por ejemplo,
entrar en un hotel (ese templo escondido
que al ser invocado se aparece)
y amarse a plena luz del día.

Pero una mujer y un hombre deben antes
entrar en un cine aunque jamás se enteren
de lo que sucede en la pantalla
y él mire la pelusa de durazno en su mejilla
y ella le oprima el muslo cuando sienta miedo.

O una mujer y un hombre pueden
salir a caminar y que la mano de él parezca
prolongación de la cintura de ella
y que entonces sea mayor la cadencia
del caminar de la mujer,
porque a eso sólo se parece
un barco en alta mar
algunos días de primavera.

O pagar el café ya frío cuando los ojos
y las manos han dicho sí mil veces.
Y ya sin tocarse, hacerse o decir nada,
una mujer y un hombre pueden, finalmente,
entrar en un hotel y darse el cuerpo,
dejar abierta la ventana para que entren
la brisa caliente de los parques,
el oleaje de los que salen del cine,
el tintineo de cucharillas contra tazas,
la débil voz que va diciendo "Así".

DEL LIBRO *EL ÁNGEL ES VAMPIRO*
PRELUDIO PARA DESNUDAR A UNA MUJER

Que esté, de preferencia, muy vestida.

*Por eso es importante que las medias
sigan cada contorno de sus muslos: que disfruten*

la pericia, el estilo del tornero
que supo darles curva de manzana,
maduración de fruto al punto de caída.

Disfruta de la tela perfumada
encima de los jabones y los ríos.

Acaríciala encima: su vestido
es la piel que ha elegido para darte.

Primero las caderas:
es la estación donde mejor preparas
el viaje y sus sorpresas. Cierra los ojos.

Ya has pasado el estrecho peligroso
que los manuales llaman la cintura

y tus manos se cierran en los pechos:
cómo saben mirar, las ciegas sabias,
el encaje barroco de la cárcel
que apenas aprisiona a dos venados
encendidos al ritmo de la sangre.
Si los broches y el tiempo lo permiten,
anula esa defensa: mientras miras sus ojos
deslízale el sostén. Y si protesta
es tiempo de estrecharla.
Acércala a tu boca y en su oído
dile de las palabras que son mutuas.
En un ritmo creciente, pero lento,
trabaja con los cierres, las hebillas,
los bastiones postreros de la plaza.
Aléjate y admírala:
pronto será parte de tu cuerpo
y tu sed de morderla es tan urgente
como la del fruto que anhela ser comido.

Has esperado mucho
y tienes derecho a la violencia.
Deja que la batalla continúe
y que el amor condene a quien claudique.

DEL LIBRO *ENSERES PARA SOBREVIVIR EN LA CIUDAD*

EN EL IMPERIO DE LA JACARANDA

Como si a lo largo de la noche alguien las hubiera pintado con pincel y pintura evanescentes; como si una cuadrilla de artistas ignorados las hubiera puesto entre brazos retorcidos; sucesoras de mariposas y ballenas, previamente de acuerdo para su brevísima actuación anual, estallan, en forma imprevista, por todos los rincones de la urbe.

Llegan con el mes de marzo. Su llamarada suave, persistente, prospera despacio en la mañana. Avanzadas de la primavera, son como amantes orgullosas que nos otorgan una segunda oportunidad. Breves, fugaces,

pasajeras, su imperio dura lo que duran las pasiones. Pero en su floración viven y nos hacen vivir la eternidad de una adolescente que aún no sabe pintarse y atreve sombras tenues que legitimen su primera salida. Susceptibles a los reclamos del viento, a la menor provocación se van con él; tapizan entonces calles con sus pétalos de color indefinido. Nunca como en ellos son verdad las frases entre azul y buenas noches y los ojos bellos de jacaranda en flor.

Florece contra todo. Contra el aire contaminado y el torturador; contra la mentira y la promesa. Florece para todos: para el traficante de veneno y la monja que vende rompopo de puerta en puerta; para los *boy scouts* que plantan su tiempo sagrado en la mañana; para el borracho cuyo cuerpo ha dicho basta; para la embarazada y el bolero; para las multitudes que en domingo salen —plenas y nimbadas— de templos, museos y estadios de fútbol. Para descifrar su mensaje, basta escucharlas con los ojos; abrir quince sentidos cardinales y llenarlas de halagos. Que sepan que nos nutren, que son tan necesarias como estar enamorado. Sin ellas, marzo tendría que escribirse de otro modo.



DEL LIBRO *EL PEATÓN ES ASUNTO DE LA LLUVIA*

LA MUCHACHA DE AL LADO

De la muchacha de al lado lo sé todo. La historia que me cuenta no es materia de bando ni rumor de pasillo (escucha como suena el roce de la falda contra sus largos muslos). Ocupa, sin embargo, la plana primera de mis días. Es el reloj del solo, el diario del soltero. Se llama con un nombre para todos pero es para mí la luz que al despertarme carece aún de nombre y encandila mis ojos una vez que se aleja. Adivino la talla de su blusa, el perfume en su pulso, los cincuenta y seis pasos y medio desde su casa al coche. Le declaro mi amor a sus zapatos y al moño que corona su azabache. A la ropa que tiende y al sostén arrullado por alisios. Mi muchacha de al lado vuelve a casa. Por mis oídos entra la relación del día: el modo como apaga el coche me dice que la han besado como se debe o si la ciudad se ha conjurado en contra suya. Cuando cierra su puerta, saboreo palabras que teje, el peso de su ropa sobre el cesto, aún con el perfume de su cuerpo, ya sin el tacto de su cuerpo. De la muchacha de al lado lo sé todo. Tanto, que cuando tenga novio le diré que se baña a las siete y tres minutos.

Que canta una sola canción, siempre incompleta. Que en la ausencia es más clara que su nombre. Y le daré la amohada en que me abraso, cuando la sé en la suya, cerca como la puerta del al lado. Lejos, como si entre ambas puertas se tendiera el océano.

DEL LIBRO *CIUDAD DE SEDA*

HABLA EL CENTINELA

A Patricia Compeán

Fortificada, luciente y generosa de haberse entregado a la mañana, rendida a los azares de las horas, pequeña ciudad, al fin descansas. Duermen tus músculos de seda y debajo respiran sus andamios, ese mapa invisible que nunca se cansa de cantarte. No termina el trabajo de tu sangre: te penetra y te lava y en incesante juego te mantiene. En la limpia terraza de tu axila se aroman con nueva fuerza tus rincones. Los paisajes bebidos por tus ojos viajan por otro espacio más abierto. Y tus monstruos alquilan

mariposas. Las caricias pendientes de tu boca, guerreras insaciables, también se entregan al cansancio. Sueñan la nueva hora de los pendones y el estruendo. La gloria del combate. Y falanges, cabellos, humores que en ti misma se consagran, recuperan su sitio y sus trabajos. Llueve como si Dios no tuviera otra cosa qué hacer en el planeta. Del otro lado del mundo, un solo centinela te custodia. No hay trabajo más alto que espe-
rarte.

DEL LIBRO *ZARABANDA CON PERROS AMARILLOS*

A las alas de mi hermano Ignacio (1951-1998)

I

El mar que nos vendieron en la infancia
era un monstruo sin sueño.

Hondo y alegre. Traidor y colorido.
Salimos a su encuentro, aún con las estrellas
profundamente ancladas en la altura.
Al romper la mañana, el mar, pronunciamiento,
se anunciaba en tres perros amarillos.

El primero sostuvo la mirada
y en su papel pautado me inscribió:
*“Me quedo en tus pupilas,
sin invite a tu fiesta de fantasmas.”*

El segundo cojeaba,
y con su pata buena me decía:
“No es nada. Es dolor.”

El tercero tensó todos los músculos
y escribió su poema con las olas.

El paisaje era líneas, colores y ladridos.
Marina con tres perros, la familia

de un Robinson Crusoe de media hora.
Amarillos, monedas de oro falso,
ardían, refulgentes, más que el sol,
actores del I Ching donde leía
el mapa de mi sangre.

Mi cuarto hermano era el perro mayor,
relámpago o ladrido:
el mar que nos vendieron en la infancia.
El cielo era mi padre. Y mi madre la tierra.

V

La mañana de mayo en que te fuiste
era el viento un tenaz enamorado
que estremecía las frondas
de árboles crecidos con nosotros.
Un grupo de niñas prófugas fumaba

a la orilla del lago,
junto al cuerpo desnudo de una lancha,
un animal inerte sin sus risas.
Mientras el sol pulía
con su lengua de luz las calles nuevas,
una joven señora enseñaba a su hijo
a beber de una taza sin quemarse.

Esos breves rituales te ataban a la vida
y hacían que tu corazón se iluminara
como cuando de niño desarmabas motores
e inventabas el mundo.

Hoy esos tornillos se me oxidan en clavos
y este nuevo caballo de tequila
no electriza mi sangre
ni me monta en la yegua de otros días.

XXVIII

XVIII

La noche que murió Jacinta
en el cielo brillaba
la constelación del perro.
En torno de su cuerpo colocamos
un río de veladoras
que imitaba el compás de las estrellas.
El dolor, de tal modo, poseía
una cartografía invisible,
un pulso qué tomarle. Un rumbo.

El brillo de su pelo
era como en la vida.
Hubo que acudir al crematorio
para saber realmente
que Jacinta ladraba en otra parte.

Ver transformados sus músculos alegres,
su hociquito de caucho, sus ojazos
en cenizas y breves amuletos
de los años de suerte que nos dio.
Los pusimos en caja de madera
y sembramos encima un limonero.

Un vaso de agua y una vela
frente a tu foto niña
dicen que estás en otra parte.
No te hemos enterrado
aunque ayer estuvimos en tu entierro.

XXVIII

Éramos entonces estudiantes, en el umbral de todo. La ciudad era nuestra pradera y a paso largo la recorriamos sin tregua durante horas, flacos, atormentados, tratando de librarnos de nuestra inocencia como de un dolor de muelas, imaginando que nuestra juventud duraría para siempre, y casi lo lamentábamos.

Michel Butor, "Suite parisina, Noctámbulo"
(Versión de Frédéric-Yves Jeannet)

Ese muchacho lóbrego, espigado,
fantasma de sí mismo,
que se sienta hasta atrás
y en la noche se hunde
a rezar la oración de sus malditos;
ése que nunca
conocerá su cuerpo en los danzones,
será señor del ritmo
que mantiene en su sitio a los planetas;

ése que aprenderá dolor en las mujeres
y hallará el Santo Grial entre sus piernas,
es del linaje nuestro, es carnal,
es un perro amarillo con estrella.

Interminables tardes de domingo
en que los viejos libros se cansaban
primero que nosotros.

Atravesábamos calles
navegadas por putas
para las que no alcanzaba,
a las que no alcanzabas.
Buscábamos los cines de programa triple
que vivían por nosotros.

Era el tiempo del enigma de la invisibilidad.
Del corazón transparente,
de las venas de vidrio,

del aire que taja o vive
del aliento de sus agonizantes.
Transparencia: Invisibilidad:
Estar como nunca en el espacio.
Estar más solo que nunca en el espacio.

Era el tiempo
de bautizar de nuevo la falange,
el vello, la rodilla.
De encontrar en el otro un puro azogue
donde nunca acabamos de bebernos.
De aspirar el perfume
que es la droga perfecta del adicto.
De los fastuosos armamentos,
de la plana tristeza que seguía
al choque ansioso y torpe de los cuerpos.

Tiempo de las palabras en peligro.
De pronunciarlas todas,
del terror a que no pudieran decir todo.

Era el tiempo de herir
y recibir el mayor número de heridas.

Quien no lo ha vivido, no ha vivido.
Quien no lo vive,
no asistirá al prodigio de la resurrección.

Ese muchacho lóbrego, espigado,
fantasma de sí mismo,
es un perro amarillo con estrella.

DEL LIBRO *EL ÁNGEL ES VAMPIRO*

RAZONES DEL SAMURAI

Para mi madre y mis hermanos

I

A las tres de la tarde
de aquel trece de marzo,
la voz de mi hermano Ignacio en el teléfono:

“¿Puedes regresar?”

Y yo que le decía
del alba en California,
del cartel de la ballena jorobada
—cuarenta toneladas de energía
saltando en algún lugar de Alaska—;
del libro sobre la ballena *spermacetti*,
la *Moby Dick* que acometió al *Pequod*

y echó a pique los sueños
de su capitán alucinado;
del café que estrenaba las mañanas
con su campana oscura;
de las rubias empleadas de las tiendas
que en mi sed de comprar reconocían
las huellas del amor recién nacido.
¿Padre, hubieras querido que tu primer hijo
diera la mala nueva de que ya éramos menos?
En tus treinta minutos de agonía,
con el pie en el estribo de otro tren,
¿te acordaste de sus primeros pasos
cuando al pie de las sillas de montar
posaba como un pequeño Buda,
grave y solemne como los niños tristes?
“¿Puedes regresar?” Me dijo Ignacio.
Debajo de sus palabras se anunciaba
el valeroso miedo de ser débil,

la rabia por no soltar la brida del caballo.
Era, como en los Viernes Santos,
la hora en que llegó la quinta herida,
en aquel cuarto oscuro de Los Ángeles
donde Ignacio quería decirme, dijo, me decía
que a la tribu por ti capitaneada
la diezmaban de tajo,
que te ibas de plano, y nosotros contigo.
Y mientras yo pensaba que la vida
era para mí sed un mar pequeño,
te tirabas —sereno— de aquel puente
y dabas comienzo a las preguntas.

IV

II

Atrás quedan luz, el mar, las nubes
más brillantes después de la tormenta.

A diez mil metros de altura
regreso a la ciudad monstruosa
donde tú ya no esperas mi retorno.

III

A veces, cuando nada
pareciera librarnos del desastre,
qué ganas de ser maleducado
y de abrir, como tú, la puerta grande.
Pero afuera del baño de cantina
mis amigos me esperan: su alegría,
tras una selva negra de botellas.
Siempre podemos engañarnos:
que tus libros, tu huella, tus alumnos.
Lo cierto es que tus manos ya no cogen,
que tus labios no inventan otra boca

y no orinas, a chorros, lo que bebes.
Por eso llamaré —capricho de borracho—
a la Carmen que ya no conociste
y le diré las cosas que me vuelven
más vivo que este ruido y este antro.
Y mi cuerpo saldrá de la cantina
y el aire de la noche será frío
y habrá todavía, mañanas y más tardes.
¿Qué pensaste —carajo—, qué sentiste,
al volar por segundos, convencido
de que abajo la red no te esperaba?

IV

Don Emigdio, el abuelo, fabricaba
sillas de montar más allá de la noche.
El café, la pobreza, los desvelos

desbocaron la yegua que no tuvo.
Cuando fuiste al hospital a recogerlo
—luego supe que se llamaba manicomio—
te entregaron su ropa aún mojada.
A nosotros, por niños, nos dijeron:
“Su abuelo murió ahogado en una alberca”.
Pero una voz más honda nos decía:
“La luna despertaba su otra sangre
y afilaba navajas en su carne.
El agua donde su cuerpo navegaba
en las manos sin cuenco de la muerte,
le ganó la partida a la locura”.
¿Qué diremos de ti que no te turbe,
qué diremos de ti para que nada
interrumpa tu sueño?

V

Larga y lenta canción de la desdicha:
quien apuesta a su incierto pentagrama
traza su propia trampa y la sonrisa
de una doncella coja a quien invitan
a baile de palacio.

No hay canciones felices: lo que duran
es aire para vivir los otros días,
fruto de la amargura cotidiana,
asfixia de la hoguera en la semilla.

VI

El arrayán sacudido por la abuela,
el único árbol en su patio,
era un hermano más: solitario, tristón,

sostenido en pequeñas alegrías.

Como los terremotos, imprevistos,
cuando el padre y la abuela se enfrentaban
era el tiempo de huir, de refugiarse
a la sombra del árbol,
jugar a la soledad con los mosaicos,
contemplando la hierba que crecía,
igual que mi tristeza, a lo salvaje.

Más tarde, además de juguetes, tuve libros.

En los cursos de invierno repetía *La robe est verte*,
verde como los ojos de la niña
que maduraba tigres en mi sangre.

Refugiado en su luz y su perfume
miraba el cielo oscurecerse y me sentía
como ese arrayán que en casa de la abuela
era el hermano ausente,
desmelenado y solo, orgulloso y viril,
al fondo de la casa.

VII

Entonces también era diciembre
y lima y tejocotes era el aire.

En uno de los equipales tapatíos
que saben ser eternos, nos dijiste:
“Sentarse aquí para esperar la muerte”.

Lo recuerdo con rabia y te imagino
sacando a la Catrina de la greña
cuando no te tocaba,
a las tres de la tarde de tu trece de marzo.

VIII

Escribo de este lado del espejo:
no ignoro que respiro, que mi cuerpo
es un buen animal que me soporta

por la ciudad en ruinas, tu dominio.
Y no olvido que hablo de la muerte
como niño que burla a un toro ciego.
Al hallar las palabras que te buscan
la verdad es que hablo de lo mío,
de lo que soy por ti, de lo que tengo
para encender la hoguera
cuando pienso que estás doliendo menos,
para que no te olviden la prudencia,
el sentido común, el tiempo curandero.
¿Crearás que mis palabras
quisieran ser el diálogo,
un desquite a destiempo
por todos esos puentes
que dejamos tendidos en el aire?

IX

También los grandes *icebergs* se desploman.

También esas montañas como dioses

se rinden a las armas

del tiempo y sus legiones.

Igual que a nuestros dioses, otros dioses

los arrastran, los llevan, los humillan

para hacerlos monarcas en exilio.

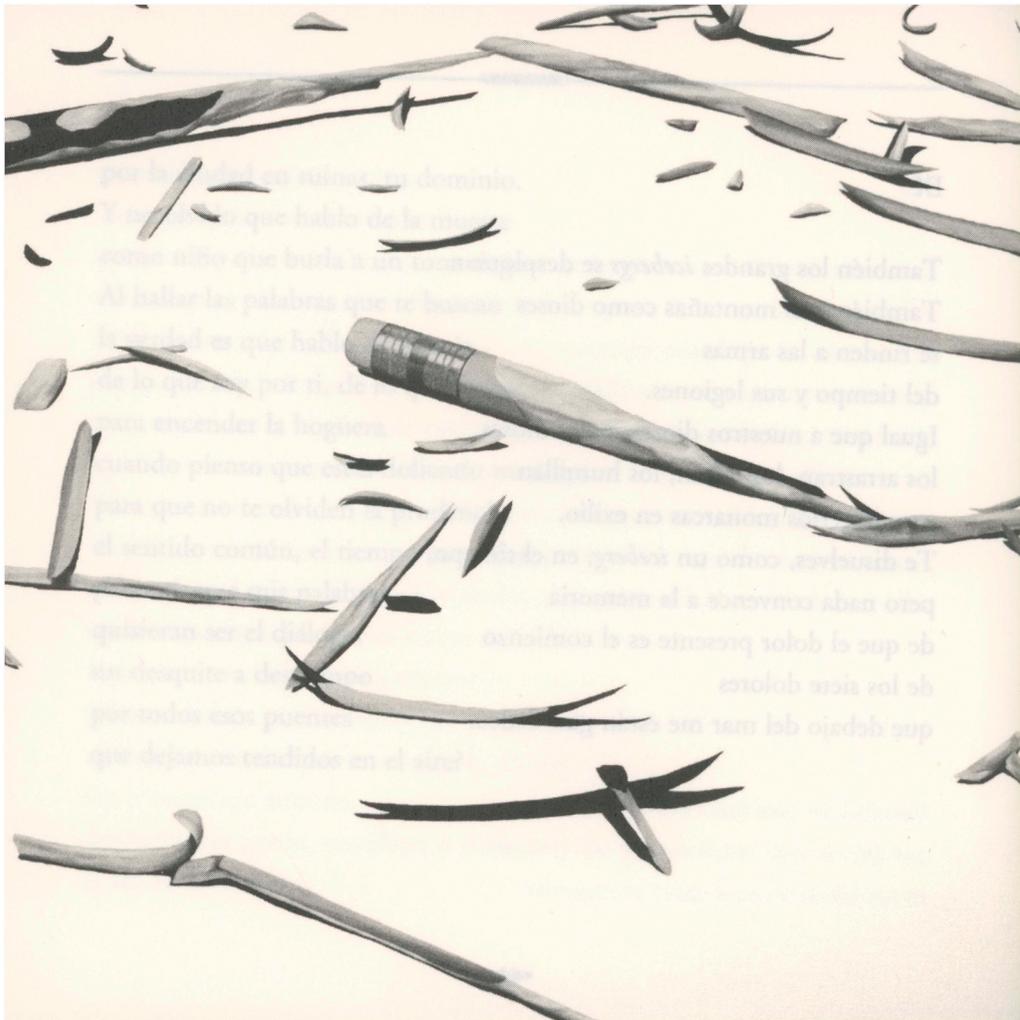
Te disuelves, como un *iceberg*, en el tiempo,

pero nada convence a la memoria

de que el dolor presente es el comienzo

de los siete dolores

que debajo del mar me están guardados.



X

Pero valió la pena lo bailado:
la caricia del mar,
su azogue estremecido;
falsa estrella que, trémula en la mano,
te pagó por caricias de sirenas
que en tus huesos tatuaron su perfume.
Aunque armas y letras te prolonguen
poco a poco te irás, como se borra
el olor del amor bajo las aguas.
Nadie se queda en el recuerdo.
La mejor de las formas de guardarte
es respirar a puños este aire
encendido de luces y muchachas,
vacaciones, jardines, desencuentros
que nos dejan con sed en el preludio.

XI

Tú le abriste la puerta. Estoy seguro
de que no te doblaste al enfrentarla,
y en tu vuelo sin alas regresaron
las palabras ardientes del vencido,
con la ciudad a punto de perderse,
al encuentro de un sol de bayonetas.

Pero hay algunas tardes, como ésta,
en que el traje de luces no la viste
y la muerte es pequeña y pobre y pinche,
como un pulpo vulgar, incontinente,
que nos riega de tinta la camisa
y nos quita la entrada de la fiesta.

XII

Nunca he naufragado:
Te conceda la gracia de las nubes
y aún inmóvil mires lo mutable,
y vuelvas en verano, con la lluvia
a inventar la ciudad inagotable.
No el océano que amaste sino el cielo,
más alto que los hombres y los barcos,
te nombrará farero de las nubes,
profesor de sirenas descarriadas.
Contemplantas los blancos paquebotes
esculpidos en luz o ala de ángel,
navegar por canales luminosos
con el sol en sus cuerpos imposibles.
Todo será futuro, sueño ardiente,
y estarás en un cielo más tangible,
el burlador triunfante de tus ansias
cuando diste batalla entre nosotros.

*Para los que quieren mover el mundo
con su corazón solitario,
los que por las calles se fatigan
caminando, claros de pensamientos;
para los que pisan sus fracasos y siguen;
para los que sufren a conciencia
porque no serán consolados,
los que no tendrán, los que pueden escucharme;
para los que están armados, escribo.*

Rubén Bonifaz Nuño

ARMADO

Vengo armado.

El abandono, la zanja y la distancia
han sido amuleto de mis pasos.

Nunca he naufragado:
soy naufragio.

El dolor me ha templado
con un arco invisible:
sus flechas son de vidrio.

Todo lo tengo porque nada es mío.
Vengo armado.

MAX SCHREK

Me llamo Max Schrek.
Horror en mi lengua nativa,
semejante a la palabra que designa
esa remota, primera emoción
del hombre ante la noche.

DEL LIBRO AMADOS

Soy la noche.
La provoca mi aliento
y el humo antecede mi presencia.
Lo inocular en pupilas durmientes,
alebresto ansias caballas
que desbarrancan sueños.

Conozco el nombre mas no el cuerpo del horror.
Me escondo de mí mismo y el consuelo
es no poder mirarme en el espejo.
Sí en pupilas ajenas
donde encuentro una atroz revelación:
el horror es fascinante
y despierta placer insospechado.

DESNUDA

Mis ojos penetraban la piel del enemigo.
Su cota era papel para mi lengua.
Los venablos entraban en mi centro
sólo cuando mi sed lo disponía.
Mi alma era de carne.
Devastar las ciudades, mi destino.
Nacida en antílopes nonatas,
mi tersura era luz en el desvelo.
Caminar era un verbo
aprendido en las yeguas más livianas.
Nada derrotaba a este perfume,
su modo de fijar, mi mansedumbre
al lado del guerrero después de la batalla.

Pero nunca cuidé la retirada.
El ansia es otra virgen:
yo soy el combustible de mi incendio.

ABANDONADO

Quien no va más allá de las palabras
sabr  tan poco del silencio, esa zona
más amplia y peligrosa que la muerte.

Cuando se es tan solo,
nada nos necesita.

Todo lo necesita el ansia adolescente
que recibir no sabe lo que puede.

Para que uno más uno
aspire a la fusión más que a la suma
hay que aprender a andar de otra manera.

No decir las palabras. Merecerlas.
Echarse sobre la tierra,
elemental criatura en el planeta.

Puede abandonarnos el poema.
Nunca la poesía.

No soy el abandonado.
Soy el que abandona.
Y no acaba de gustarme.

HERMANAS

Nada rompa esta alianza.
No se trice el espejo ni lo empañe
el fatigado aliento de los días.
Que siendo sólo dos
parezcamos ejército, falange
ni siquiera vencida por nosotras.

Más allá de la sangre paralela,
que la palabra hermano

enfrente al enemigo y no convierta
en puñal este abrazo.

ONETTI

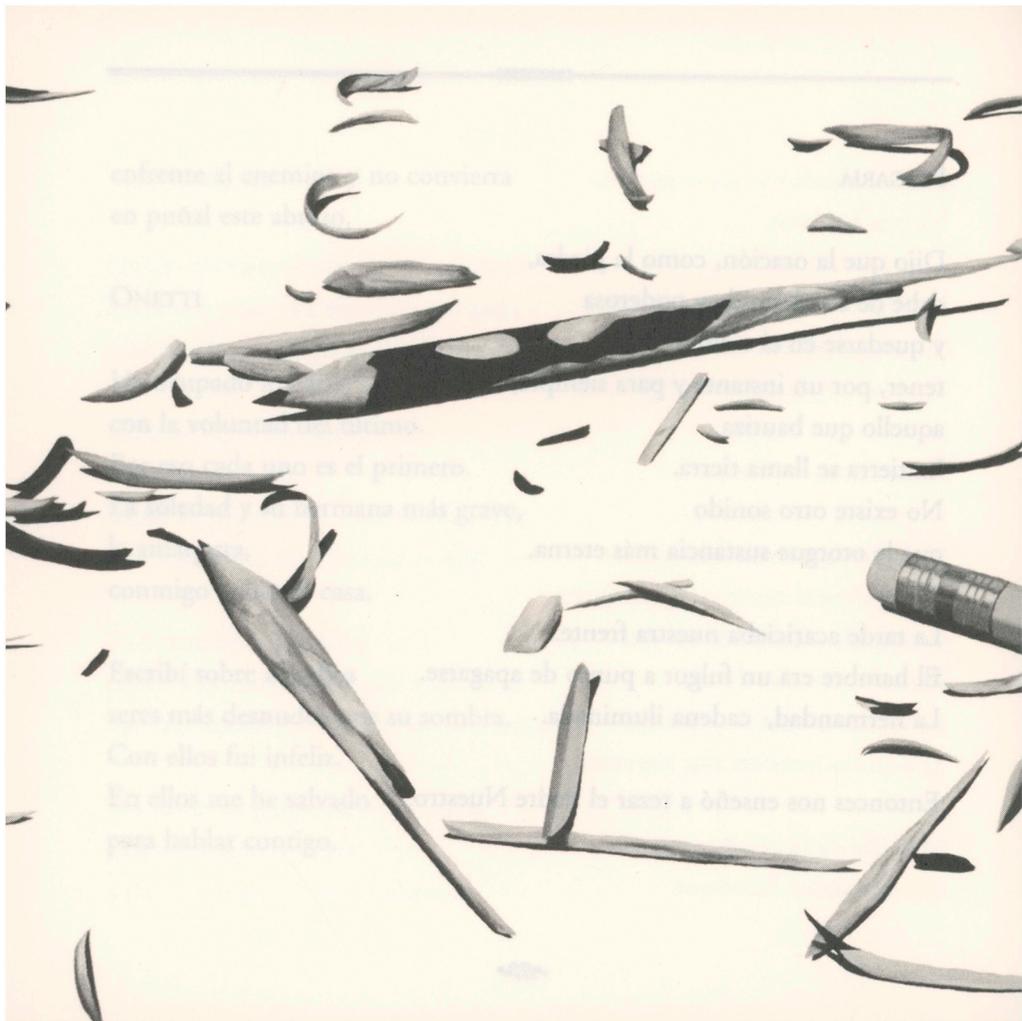
He ocupado los días
con la voluntad del último.
Por eso cada uno es el primero.
La soledad y su hermana más grave,
la amargura,
conmigo hallaron casa.

Escribí sobre aquellos
seres más desnudos que su sombra.
Con ellos fui infeliz.
En ellos me he salvado
para hablar contigo.

PLEGARIA

Dijo que la oración, como la piedra,
debe de ser desnuda y poderosa
y quedarse en el viento:
tener, por un instante y para siempre,
aquello que bautiza.
La tierra se llama tierra.
No existe otro sonido
que le otorgue sustancia más eterna.

La tarde acariciaba nuestra frente.
El hambre era un fulgor a punto de apagarse.
La hermandad, cadena iluminada.
Entonces nos enseñó a rezar el Padre Nuestro.



LIMOSNERO

El suelo es mi dominio.
Quien como yo lo toca
conoce los movimientos de las nubes,
su lenguaje cambiante y siempre joven.

Si una moneda tuya
se añade a la constelación
del pedazo de calle que he hecho mío,
sea bienvenida.

Más cerca del suelo que del aire,
nadie tiene pulmón más poderoso.
Soy el hermano rico de las nubes.

AQUILES

Aquiles fue mi nombre.
Qué responsabilidad la de mis padres
bautizarme con signos
del héroe por encima de los héroes.

No busqué ser como él.
Vino a mi encuentro
un vendaval armado de violetas
que se estrelló en mi rostro
y me inició en la furia.

Lancé la primera piedra
ante el motín creciente del pecado
silenciado por todos, temerosos
de perturbar el sueño de la bestia.

Fui el primero en caer.
Sin conocer mi nombre otros vencieron.

VIEJO

No hay dominio más vasto que este parque
donde la vida exhibe sus criaturas:
soberana, invencible primavera.

Yo estuve en ese reino y no lo supe.

Era solamente.

Criatura montaraz,
fui flexible y veloz, no me cansaba
el insaciable ritmo de los días.

Ahora me persiguen
más voraces que nunca
pero volver no quiero.

Yo tuve y fui. Agradecido observo
el esplendor del mundo,
invisible corona que me ciñe.

MÁS DESNUDA

Más desnuda, imposible.
Rotunda y tirante,
manzana incapaz de contenerse.

Abierta como el mar cuando se quiebra,
en mí comienzo
y en tersuras y brillos me termino.

Despojada de todo
menos de mi cuerpo,
inacabable carne triunfadora.
Blanca bruja del ansia,

vestida solamente
como animal caliente y siempre joven.

Mi deseo más oculto:
muérdeme el corazón
muy largo y para siempre.
Deja libre a tu perro del mal.
Ese viejo traidor que no envejece.

PAÍS LLAMADO INFANCIA

Tiempo donde la memoria nos alcanza.
De la piel tersa y dura,
del aliento de vidrio
y el animal intacto.
País llamado infancia.
Compás que dura poco pero marca
con hierro indeleble a su creatura.

Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Cristina Martínez**

Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**

Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**

Diseño de portada: **Vicente Rojo Cama**

Imagen de portada:

Quirarte + Ornelas

Lápiz 7

2011 • Óleo sobre tela, 70 x 100 cm

Vicente Quirarte. *El mar que nos vendieron en la infancia (Poemas)*, de la serie Voz Viva de México (VV-127)

de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM,
se terminó de imprimir el 30 de septiembre de 2015, en Offset Santiago, S.A. de C.V.,
Río San Joaquín 436, Col. Ampliación Granada, 11520, México, D.F., y se produjo en

Manufactura de Discos Compactos, S.A de C.V., Lago Chiem 8, Col. Anáhuac, 11320, México, D.F.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos
Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.

